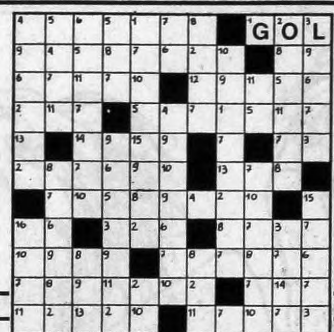
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde



SOLUCION MIERCOLES





EL LADO OSCURO DE LA PELVIS Página/2/3

Verano/12

(Por Cristina Pacheco) Lo difícil de vivir es que nunca se sabe nada. Amaneciendo haces planes y a la noche te vas dando cuenta de que las cosas sucedieron al contrario de lo que imaginaste: donde, según tú, ibas a tener alegrías, encuentras penas o recuerdos muy dolorosos. Eso ocurrió el domingo. Fue un día muy amargo para mí, y todo porque a mis hijos se les antojó que los lleváramos a pasear a Xochimilco.

No habíamos regresado desde que nos salimos de La Joyita, la colonia que está en uno de los cerros que rodean los canales. En aquella época, a querer o no, teníamos que bajar a cada rato a Xochimilco pues arriba no hay mercado ni tiendas de ninguna especie. Si dejó de hacérsenos pesado ir por el recaudo o las tortillas fue gracias a Blanco. Con todo y que lo recibimos ya grande, como de seis años, era muy trabajador. Conmigo fue de lo más gente, y eso que se trataba nada más de un burro.

Mi esposo aceptó a la bestia en pago de treinta y cinco mil pesos que le debía su compadre. El animal llegó sucio, flaco, sin nombre. Siempre he pensado que las cosas que no se llaman de alguna manera son del diablo, y por eso en cuanto el jumento entró en la casa, les dije a mis muchachos que lo bautizáramos. Lo más sencillo fue ponerle Blanco, que es el color de su piel.

Nuestra casa en La Joyita era de tabicón. La hicimos entre todos. Según teníamos dinero levantábamos los cuartos, pero siempre defendí mi pedazo de patio. Allí metimos a Blanco. Por aquellos rumbos muchas personas tienen bestias en vez de coche o bicicletas. Con todo y eso, siempre que los vecinos pasaban por nuestra casa se detenían a mirar a Blanco. Bien tratado y comido, pronto se puso lindo y gordo, cosa que obligaba a las personas a hacer cálculos de cuánto nos costaría alimentarlo.

Blanco tomó siempre pastura fresca, pero él se la ganaba con su trabajo. A las cinco de la mañana, hora en que iba yo a ver dónde conseguía una cubeta de agua, Blanco rebuznaba como diciéndome: "Ya estoy despierto y listo". A las seis agarrábamos el camino de bajada a Nativitas, donde están los lavaderos públicos. De no haber sido por Blanco, yo habría seguido bajando los costales de ropa en mi espalda. Es duro, pero nada en comparación al regreso. Entonces las cargas pesan como remordimientos, será porque una va cansada de tallar sobre la piedra o bien porque la ropa está húmeda, el caso es que la cuesta parece el camino al cielo...

Si Blanco fue para mí una gran ayuda, para mis hijos significó la felicidad. En las tardecitas se ponían a jugar con él echando carreras, montándolo, llevándolo hasta arriba del cerro. A Armando hasta se le ocurrió que iba a enseñarlo a bailar. "Tiempo perdido —le dije—, ¿que no te das cuenta de que son animales muy tontos? A ver, ¿por qué crees que a las personas lentas se les dice que son muy burras? " El muchacho no hizo caso de mis palabras, pero unas semanas después me mandó llamar al patio. Allí se puso a tararearnos un cachito de "Sobre las olas" y Blanco empezó a bailar.

La fama de Blanco llegó a todos los barrios de Xochimilco y gracias a eso comenzó a tener una vida de actor los fines de año. Entonces nos lo pedían prestado para que saliera en posadas y pastorelas a las que, como dueños del jumento, éramos invitados especiales.

En el teatro, Blanco apareció siempre disfrazado con guirnaldas, aureolas, sombreros, mascaritas, alas, cubierto con un manto blanco y dorado, o simplemente con una sábana tan blanca como su piel. De todos los disfraces éste era mi preferido porque lo hacía ver como un ángel o como el fantasma de la bondad. Pero fuera cual fuera su pap:l, Blanco les ponía broche de oro a las funciones interpretando un pedacito de "Sobre las olas". Nosotros lo mirábamos siempre orgullosos y maravillados.

Las funciones terminaban tarde. Este era el motivo de que el organizador de la obra o el dueño del garaje, convertido en teatro, se ofreciera a hospedar al burro. "Pobre animal. Está cansado y ya es tarde. Déjenlo a dormir aquí. Lo cuidaremos." Me daba tristeza la simple idea de que "Blanco" estuviera lejos de nosotros y, aunque yo también estaba rendida a esas horas, prefería esperarlo a que terminara su trabajo para llevármelo a la casa.

En las noches me acompañaban mis hijos. Con todo y que el camino estaba oscuro y la noche muy fría, varias veces nos parábamos para mirar desde arriba las luces de Xochimilco, que reflejadas en los canales, figuraban una lluvia de estrellas. A esas horas Blanco iba ya tan adormecido que aquel espectáculo que a nosotros nos parecía maravilloso, quizá para él era solamente parte de sus sueños de burro.

Los niños ya estaban grandes. Comprendieron que, tal como lo decía su padre, nuestra única salida era vender la casa. Para esas fechas él llevaba meses sin trabajo y para sostenernos ya habíamos rematado herramientas, mi tele, la grabadora de Armando, la maquinita de coser que me heredó mi suegra. "Nos iremos a la casa de mi hermano, en Neza. El nos prestará un cuartito para que vivamos mientras me redondeo en el negocio de la fruta..."

Al oír la noticia que nos dio mi esposo, todos pensamos en lo mismo, pero sólo Armando se atrevió a preguntar: "¿Podremos llevarnos a Blanco ?". Sólo había una manera de saberlo. En cuanto pudimos fuimos a Neza. Mi cuñado nos recibió muy amable y enseguida nos mostró el cuarto que iba a prestarnos. Imposible decir lo que sentí cuando miré el techo de cartón roto, las paredes chuecas, el piso de tierra. Por la ventana, que no era más que un boquete, no se veía ni un árbol, ni una ramita verde. Me dieron ganas de llorar pero me aguanté hasta que llegamos a La Joyita. Entonces lo primero que hice fue poner sobre la puerta un letrero: "Se vende burro".

Desde que lo vendimos, hace ya dos años, nunca dejamos de hablar de Blanco. Pensé que nos había olvidado, pero este domingo comprobé que no. Andábamos por el Mercado de Madreselva cuando Armando gritó: "¡Miren, allá está Blanco!" Miramos todos hacia la arboleda. Vimos un burro blanco, flaco, lleno de mataduras. Le pedí a Dios que no fuera él, pero Armandito no se aguantó y se puso a silbar desde lejos un pedazo de "Sobre las olas". El borrico levantó las patas, giró y movió la cola.

Me dio tanto gusto que corrí a abrazarlo. Al sentir mi mano en su pescuezo, el jumento se me quedó mirando, me olió, peló sus dientes y se echó a caminar. "Tenías razón —dijo mi esposo—, estos animales son estúpidos, no tienen memoria." Su mentira fue inútil. Todos sabíamos que Blanco me había reconocido y también que no me perdonaba el hecho de que hubiera sido yo quien había colocado sobre la puerta un letrero: "Se vende burro".

LETRERO





Mientras insiste en su trabajo como cantautor, Maslíah publica cuentos (algunos de ellos en **Sátira/12**), piezas teatrales y dos novelas (*Historia Transversal de Floreal Menéndez* y *El show de José Fin*). Lo que sigue es el segundo capítulo de su último trabajo que será publicado en breve por Ediciones de La Flor: *El lado oscuro de la pelvis*

EL LADO OSCURO DE LA

Por Leo Maslíah

A Marta la conocí un día saliendo del consultorio del doctor Vicepueyrredón. Ella me preguntó si yo era el que había matado a Berazatelli.

—Sí —dije—. ¿Y vos cómo sabés eso?

—El doctor me lo dijo.

—Es un atrevido. ¿Cómo va a andar ventilando la vida de sus pacientes?

—No lo hace siempre —dijo ella—. Sólo conmigo, porque yo me acuesto con él y en el juego del amor está todo permitido.

Seguimos charlando y Marta me invitó a su casa. Por el camino me explicó (y yo lo entendí sin mayores dificultades) que vivía en comunidad con una amiga, un amigo y una pareja amiga. No supe reconocerlos, cuando llegamos, entre las quince o veinte personas que había en el corredor fumando marihuana.

La pieza de Marta era pequeña * y muy angosta. Las paredes estaban llenas de humedad y de frases célebres o con pretensión de llegar a serlo. A pesar del espíritu anarco que embebía ese caserón, había algo allí que me recordaba el trajín carcelario. No es novedad el que los extremos se toquen, aunque yo nunca pude tocarme la cabeza con los pies pese a los esfuerzos de un compañero de celda que tuve, el cual tenía muchas y grandes habilidades somáticas, entre ellas la de poder sacar medio metro de lengua. Se hizo rico cobrando entrada a los guardias para mostrarles ese número.

Nos quedamos horas encerrados con Marta en su pieza, aislados del resto de la comunidad.

—¿Estudiás o trabajás?

—Trabajo. Con mis padres —dijo ella.

Le pregunté en qué trabajaban los demás integrantes de la comunidad.

—En nada. No trabajan.

—¿Y cómo pagan su parte del alquiler de esta casa?

—Acá nadie tiene que pagar una parte del alquiler. Somos una comunidad y el alquiler lo pagamos todo junto entre todos. No está dividido en partes.

—Pero ¿con qué plata lo pagan?

—Con mi sueldo —dijo Marta—. Pero el mes pasado no pudimos pagarlo porque alguien entró a mi cuarto cuando yo no estaba y me sacó la mitad de la plata que tenía.

—¿Y no sabés quién fue?

—No. No sé ni me interesa. Supongo que si me la sacó fue porque la precisaba.

—¿Te gusta el jazz?

—Sí. Y también la gimnasia jazz.

Marta fue al baño y me dejó solo en su pieza. Aproveché para sacar algún dinero de la cajita donde ella me mostró que lo guardaba, y lo escondí en mi bolsillo. Cuando ella volvió hicimos el ¿cómo se dice? El amor. Luego nos pusimos a hablar de bueyes perdidos, y de pronto yo corté esa conversación para decirle que había tomado dinero de su cajita. Ella me pidió que se lo devolviera. Contesté que lo necesitaba. Ella dijo que estaba en las mismas, pero que tenía prioridad porque el dinero era suyo. Seguimos discutiendo un rato hasta que transamos en quedarnos cada uno con la mitad. No fue un arreglo muy justo. Creo que ella debió haber conservado el setenta y cinco por ciento, pero bueno, no valía la pena discutir más.

Este diferendo no alteró el buen curso de las relaciones entre Marta y yo. A ella le fascinaba estar saliendo con un asesino.

Clara no era así, pero el amor que con ella fundamos también tuvo que ver con eso. Mi asesinato de Berazatelli tuvo lugar en una habitación que tenía ventana a la calle, y esa ventana estaba abierta en el momento del crimen. Clara pasaba por allí y se detuvo a mirar, desde la calle. Cuando Berazatelli expiró yo miré hacia la ventana y la vi. Clara me sonrió, y al instante me enamoré perdidamente de ella. Pero no volví a verla hasta un tiempo después de salir de la cárcel. Me la encontré por casualidad y le hablé de aquel amor que había nacido casi seis años antes. Ella dijo que eso corría por cuenta mía exclusivamente. Pero en esos días nos seguimos viendo y poco a poco me amó.

Creo que la ropa que dejé tendida en la terraza debe estar seca. La voy a guardar.

Eran las ocho y media, en mi casa. Clara acababa de llegar y estábamos tomando mate con Sonia y Raúl, que ya estaban desde hacía rato.

—Tengo ensayo a las nueve —dijo Clara.

—¡Qué bueno! ¿Podemos ir? —preguntó Sonia.

—No. Mejor todavía no. Cuando esté más avanzada la obra sí.

—¿Qué obra están haciendo? —preguntó Raúl.

Pero antes de seguir dejame decir algunas palabras sobre Raúl y Sonia. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? ¿Cuál era su historia? ¿Qué tipo de vínculo los unía? No sé. No tengo respuesta para ninguna de esas preguntas. ¿Está mal, eso? ¿Un autor debe saber todo acerca de sus personajes? Y a los autores que supuestamente lo saben ¿hay que creerles todo lo que dicen sobre esos personajes?

Creo que cuando termine de dictarle este capítulo a mi secretaria me la voy a coger. No sé si ella aceptará. Pero dejemos esto para después. Tengo que concentrarme ahora en lo otro. Espero que mi secretaria no sospeche nada. Generalmente, creo, no presta mucha atención a lo que le dicto. Se limita a escribirlo maquinalmente. Ahora la estoy mirando. No veo en ella señales de perturbación. Sigue impávida, metida en la máquina de escribir. Buenas tetas. Me gusta.

Bueno, basta. Decía que no sé nada sobre Raúl y Sonia, y que a los autores que dicen que saben sobre esas cosas no hay por qué creerles. Aun dentro de la ficción existe la mentira. Por ejemplo cuando Julio Verne en *Un capitán de quince años* dice.

"Los hombres del Pilgrim, buenos marineros, formaban una verdadera familia. Era la cuarta vez que viajaban juntos y todos provenían del litoral californiano", miente, miente descaradamente. Puede que si fuera cierto lo de la familia (un padre-marinero, una madre-marinero y varios hijos, tíos, tías-marineros, todos incestuosos), pero sé de muy buena fuente que ésa no era la cuarta vez que aquellos hombres viajaban juntos, sino sólo la tercera. Y en cuanto a la procedencia de estos marineros debo decir que sólo



Mientras insiste en su trabajo como cantautor, Masliah publica cuentos (algunos de ellos en **Sátira/12**), piezas teatrales y dos novelas (*Historia Transversal de Floreal Menéndez* y *El show de José Fin*). Lo que sigue es el segundo capítulo de su último trabajo que será publicado en breve por Ediciones de La Flor: *El lado oscuro de la pelvis*

EL LADO OSCURO DE LA PELVIS

Por Leo Masliah

A Marta la conocí un día saliendo del consultorio del doctor Vicepueyrredón. Ella me preguntó si yo era el que había matado a Berazatelli.

—Sí —dije—. ¿Y vos cómo sabés eso?

—El doctor me lo dijo.

—Es un atrevido. ¿Cómo va a andar ventilando la vida de sus pacientes?

—No lo hace siempre —dijo ella—. Sólo conmigo, porque yo me acuesto con él y en el juego del amor está todo permitido.

Seguimos charlando y Marta me invitó a su casa. Por el camino me explicó (y yo lo entendí sin mayores dificultades) que vivía en comunidad con una amiga, un amigo y una pareja amiga. No supe reconocerlos, cuando llegamos, entre las quince o veinte personas que había en el corredor fumando marihuana.

La pieza de Marta era pequeña * y muy angosta. Las paredes estaban llenas de humedad y de frases célebres o con pretensión de llegar a serlo. A pesar del espíritu anarco que embebía ese caserón, había algo allí que me recordaba el trajín carcelario. No es novedad el que los extremos se toquen, aunque yo nunca pude tocarme la cabeza con los pies pese a los esfuerzos de un compañero de celda que tuve, el cual tenía muchas y grandes habilidades somáticas, entre ellas la de poder sacar medio metro de lengua. Se hizo rico cobrando entrada a los guardias para mostrarles ese número.

Nos quedamos horas encerrados con Marta en su pieza, aislados del resto de la comunidad.

—¿Estudiás o trabajás?

—Trabajo. Con mis padres —dijo ella.

Le pregunté en qué trabajaban los demás integrantes de la comunidad.

—En nada. No trabajan.

—¿Y cómo pagan su parte del alquiler de esta casa?

—Acá nadie tiene que pagar una parte del alquiler. Somos una comunidad y el alquiler lo pagamos todo junto entre todos. No está dividido en partes.

—Pero ¿con qué plata lo pagan?

—Con mi sueldo —dijo Marta—. Pero el mes pasado no pudimos pagarlo porque alguien entró a mi cuarto cuando yo no estaba y me sacó la mitad de la plata que tenía.

—¿Y no sabés quién fue?

—No. No sé ni me interesa. Supongo que si me la sacó fue porque la precisaba.

—¿Te gusta el jazz?

—Sí. Y también la gimnasia jazz.

Marta fue al baño y me dejó solo en su pieza. Aproveché para sacar algún dinero de la cajita donde ella me mostró que lo guardaba, y lo escondí en mi bolsillo. Cuando ella volvió hicimos el ¿cómo se dice? El amor. Luego nos pusimos a hablar de bueyes perdidos, y de pronto yo corté esa conversación para decirle que había tomado dinero de su cajita. Ella me pidió que se lo devolviera. Contesté que lo necesitaba. Ella dijo que estaba en las mismas, pero que tenía prioridad porque el dinero era suyo. Seguimos discutiendo un rato hasta que transamos en quedarnos cada uno con la mitad. No fue un arreglo muy justo. Creo que ella debió haber conservado el setenta y cinco por ciento, pero bueno, no valía la pena discutir más.

Este diferendo no alteró el buen curso de las relaciones entre Marta y yo. A ella le fascinaba estar saliendo con un asesino.

Clara no era así, pero el amor que con ella fundamos también tuvo que ver con eso. Mi asesinato de Berazatelli tuvo lugar en una habitación que tenía ventana a la calle, y esa ventana estaba abierta en el momento del crimen. Clara pasaba por allí y se detuvo a mirar, desde la calle. Cuando Berazatelli expiró yo miré hacia la ventana y la vi. Clara me sonrió, y al instante me enamoré perdidamente de ella. Pero no volví a verla hasta un tiempo después de salir de la cárcel. Me la encontré por casualidad y le hablé de aquel amor que había nacido casi seis años antes. Ella dijo que eso corría por cuenta mía exclusivamente. Pero en esos días nos seguimos viendo y poco a poco me amó.

Creo que la ropa que dejé tendida en la terraza debe estar seca. La voy a guardar.

Eran las ocho y media, en mi casa. Clara acababa de llegar y estábamos tomando mate con Sonia y Raúl, que ya estaban desde hacía rato.

—Tengo ensayo a las nueve —dijo Clara.

—¡Qué bueno! ¿Podemos ir? —preguntó Sonia.

—No. Mejor todavía no. Cuando esté más avanzada la obra sí.

—¿Qué obra están haciendo? —preguntó Raúl.

Pero antes de seguir dejame decir algunas palabras sobre Raúl y Sonia. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? ¿Cuál era su historia? ¿Qué tipo de vínculo los unía? No sé. No tengo respuesta para ninguna de esas preguntas. ¿Está mal, eso? ¿Un autor debe saber todo acerca de sus personajes? Y a los autores que supuestamente lo saben ¿hay que creerles todo lo que dicen sobre esos personajes?

Creo que cuando termine de dictarle este capítulo a mi secretaria me la voy a coger. No sé si ella aceptará. Pero dejemos esto para después. Tengo que concentrarme ahora en lo otro. Espero que mi secretaria no sospeche nada. Generalmente, creo, no presta mucha atención a lo que le dicto. Se limita a escribirlo maquinalmente. Ahora la estoy mirando. No veo en ella señales de perturbación. Sigue impávida, metida en la máquina de escribir. Buenas tetas. Me gusta.

Bueno, basta. Decía que no sé nada sobre Raúl y Sonia, y que a los autores que dicen que saben sobre esas cosas no hay por qué creerles. Aun dentro de la ficción existe la mentira. Por ejemplo cuando Julio Verne en *Un capitán de quince años* dice.

"Los hombres del Pilgrim, buenos marineros, formaban una verdadera familia. Era la cuarta vez que viajaban juntos y todos provenían del litoral californiano", miente, miente descaradamente. Puede que sí fuera cierto lo de la familia (un padre-marinero, una madre-marinero y varios hijos, tíos, tías-marineros, todos incestuosos), pero sé de muy buena fuente que ésa no era la cuarta vez que aquellos hombres viajaban juntos, sino sólo la tercera. Y en cuanto a la procedencia de estos marineros debo decir que sólo dos venían del litoral californiano. Los otros eran de Hong-Kong y Calcuta. Incluso creo que uno de los dos primeros, si bien era de California, no era del litoral. Y el otro era del litoral pero no de California sino de Paysandú (o Salto, no lo recuerdo ahora con exactitud).

Volvamos a mi casa. Clara había dicho que a las nueve tenía ensayo, y Raúl le había preguntado qué obra estaba ensayando.

—Es una creación colectiva —dijo Clara—. No sabés. Es increíble las cosas que están saliendo. Nunca pensé que pudiera llegar alguna vez a estar tan conectada en un grupo humano. Debe ser que somos pocos. Nos entendemos rebién. De repente uno larga una frase y es brutal cómo los demás podemos llegar a tener todos al mismo tiempo la certeza de que ésa es la frase que corresponde decir en ese momento. Hay veces en que nos parece que no somos nosotros los que estamos inventando la obra, sino que la obra ya está inventada en algún lugar del espacio y una fuerza misteriosa nos usa como vehículo para que esa obra sea recreada en nuestro medio.

—Es genial que puedan lograr eso —dijo Sonia—. Yo cuando me metí en trabajos de creación colectiva siempre terminé envuelta en algún hecho de sangre.

—¿Y en qué teatro la van a hacer? —preguntó Raúl.

—Todavía no sabemos. No nos gustaría mucho que fuera en un teatro, por las características de la obra.

—¿Por qué? —preguntó Raúl—. ¿Qué características tiene la obra?

—Para empezar —dijo Clara—, en caso de hacerse en un teatro habría que sacar todas las butacas.

—Entonces más bien tendrían que hacerla en una pista de baile —dijo Sonia.

—Para hacerla en una pista de baile habría que pedir que sacaran todo el piso —contestó Clara.

—¿Por qué?

—Mirá: puede ser que ustedes no me crean, pero esta obra se desarrolla integralmente con los actores en estado de levitación. Eso no estaba previsto al principio; fue algo que surgió después, pero nos dio la medida de hasta qué punto estábamos integrados entre nosotros en función de un mismo hecho expresivo. Durante los primeros ensayos, cuando alguno empezaba a levitar todos nos asustábamos y el clima inmediatamente se rompía, pero poco a poco nos dimos cuenta de que ése era un efecto del trabajo grupal y lo fuimos integrando naturalmente a la puesta en escena. Cuando se dieron las primeras levitaciones algunos empezaron a visitar macumbas y a ver parasicólogos, pensando que se les habían despertado facultades paranormales, pero luego todos fuimos comprendiendo que esas facultades no son en sí propias de nosotros sino que de alguna manera extraña nos son transmitidas por la obra.

—¿Quieren café? —pregunté, a todos.

Me dijeron que sí y me fui a prepararlo. Mientras lo hacía escuché una larga discusión sobre si aquellas facultades paranormales mencionadas por Clara pertenecían a los actores o a la obra, y a las implicaciones que (el hecho de estar siendo creada esta obra por los mismos actores) tenía sobre eso.

Dije que preparé café, pero eso no es verdad, aunque no tengo inconveniente en escuchar que alguien llame café a eso que preparé, así como no lo tengo en que los frascos que contienen ciertos productos industriales que nada tienen que ver con el café sigan llevando etiquetas en las que se afirma que eso es café.

Yo tengo una máquina de moler café (que ahora está inutilizable, por razones que explicaré más adelante) y en esa oportunidad, por error, la cargué con maní. Me di cuenta cuando el agua hirvió y el eché el polvillo y revolví y probé. No era feo, pero hasta un alenguado se habría desayunado de que eso no era café. Ni qué hablar de aquel compañero mío de celda, que era capaz de diferenciar un vaso de Coca Cola de otro igual pero de Pepsi Cola a una distancia de más de un metro. Claro que eso no habla de su sentido del gusto, sino de su olfato. Sin embargo no, ahora que lo pienso, no: él todo lo hacía estirando la lengua hasta el punto de litigio.

Bueno. Resulta que tiré mi poción por el desagüe de la cocina y salí de la casa por la puerta del fondo sin que mis convidados lo notaran. Mi objetivo era encontrar café, o algo que se le pareciera más que el maní (y en lo posible sin erogación de dinero). Y Dios puso en mi camino, al pie del árbol de la esquina de mi casa, un sinnúmero de coquitos que vistos a la luz de una lámpara a gas de mercurio, no se diferenciaban en nada del café torrado.

Me llené los bolsillos de coquitos y volví a casa. Los molí, herví el agua y serví cuatro tazas. Las llevé al living. Raúl y Sonia estaban tratando de levitar.

—No van a poder —les decía Clara—. Es más, creo que nadie puede hacerlo. Sólo nosotros, cuando estamos haciendo la obra.

—Mentira —dijo Raúl—. Yo sé de una monja rusa que levitaba como medio metro.

—Y yo tenía un compañero de celda que sacaba medio metro de lengua —dije yo.

—Eso ya me lo contaste como cuarenta veces —dijo Clara.

—Pero no a Raúl y Sonia.

—No. A nosotros solamente treinta y seis.

—Discúlpenme. Es que eso es lo más interesante que vi en los últimos siete años. Tómense el café, que se va a enfriar.

—Gracias, pero en realidad creo que no tengo ganas de tomar café —dijo Raúl.

—Yo tampoco, gracias —dijo Sonia.

—Tiene buena pinta este café, pero yo tampoco quiero, gracias —dijo Clara.

—¿Qué pasa? ¿Es un complot? ¿Están enojados porque demoré en hacer el café? —pregunté.

—Demoraste casi cuarenta y cinco minutos por reloj —dijo Raúl.

—¡Me cago en el reloj! —exclamó Clara, visiblemente irritada— ¡Cada uno tiene su tiempo para hacer las cosas!

—Sí. Y yo tengo mi tiempo para tomar café —dijo Raúl.

—Basta de discutir —dijo Sonia—. Clara, al final no terminaste de explicar por qué en caso de representar la obra en una pista de baile había que hacer sacar el piso.

—No es sólo sacar el piso —dijo Clara. Queremos levitar sobre vacío. Queremos sustituir la escena por un precipicio de cien o ciento cincuenta metros de profundidad.

—¿Y si se caen? —preguntó Sonia.

—Si nos caemos será porque la obra no es tan efectiva como pensamos. Pero es un riesgo que hay que correr. Creo que, a su modo, todos los tipos que hicieron algo artísticamente relevante corrieron algún riesgo.

—¿No quieren tomar sidra? —pregunté.

Raúl y Sonia se pusieron a dubitar, pero Clara empezó a tratar de convencerlos para que aceptaran, diciendo "¡Sí, sí! ¡Yo el otro día estuve tomando y era una delicia!". Sonia y Raúl entonces se entusiasmaron y me pidieron que trajera enseguida esa sidra. Yo recordé en ese momento que efectivamente Clara había estado tomando de esa sidra unos días antes, pero también recordé que por desgracia se la había tomado toda.

En mi heladera había unas manzanas. Las pelé y las puse a hervir en agua, o mejor dicho puse el agua a hervir con ellas adentro. Bah, no sé porque desconozco si las manzanas hierven o no. Quizá lo hagan a temperaturas desconocidas para el hombre, por lo altas o porque los aumentos de temperatura habituales en la Tierra siempre se las saltean.

Mientras esperaba que algo hirviera escuché una larga discusión entre Clara y Sonia por una parte y Raúl por la otra, sobre si el costo de hacer un precipicio de cien o ciento cincuenta metros de profundidad podía cubrirse o no con un promedio de asistencia de público de cuarenta personas dos veces por semana durante tres meses, con entrada libre. Clara y Sonia decían que sí, y Raúl que no.

Cuando la compota estuvo lista la fui pasando por un colador de café. Luego mezclé el líquido obtenido con alcohol rectificado que saqué de un frasco que guardaba en el baño. Cuando Raúl me vio pasar frente a ellos, para ir a buscar ese frasco, me preguntó "¿Y la sidra, loco? ¿La estás fabricando?". Yo le contesté afirmativamente.

Preparé una solución con diez por ciento de alcohol y ochenta y cinco de agua de compota. El cinco por ciento restante fue detergente líquido, por lo de la espuma.

Llené cuatro copas con ese brebaje y las llevé al living. Sonia fue la primera en probar, y de inmediato escupió todo lo que se había metido en la boca.

—¡Che! ¡Esto tiene un gusto a jabón que no se banca!

Me llamó la atención que, siendo el detergente el elemento que en menor porcentaje se hallaba presente en la solución, fuera el más apercibido por Sonia ya en el primer buche.

—Es la mucama —dije—, que tiene la costumbre de lavar las copas y después no enjuagarlas.

—Capaz que las enjuaga antes —dijo Raúl—. Bueno, nosotros nos vamos. Ya son las once y media.

—¡Las once y media! —dijo Sonia, y mirando a Clara preguntó:

—¿A qué hora tenías el ensayo?

—A las nueve —dijo Clara, impávida.

—¡A las nueve! Entonces... no fuiste.

—No.

* *Chica*

S.O.L
SOSTENIDO
EN LA COSTA

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Víctor Heredia** y **León Gieco** presentan respectivamente los temas de sus últimos discos, *Memorias* y *Semillas del corazón*, en el Estadio Superdomo, Juan B. Justo y Edison, Mar del Plata. Hoy a las 22.30.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• **Los mirasoles**, pieza teatral de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Ignacio Copani** presenta los temas de su último trabajo discográfico en Mar del Plata. En el teatro Radio City, ubicado en San Luis 1742.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado.** En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones comienzan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins y Christopher Lloyd. En el cine Gran Mar de Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan de miércoles a domingo en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, dirigida por Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy, a las 23, en Oliverio Mate Bar, ubicado en la avenida 103 y el paseo 105, Villa Gesell.

• **Teléfono medido**, la pieza teatral escrita por Beto Giannola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• Presentación del espectáculo **Sube el dólar**. En la Casona del Conde de Miramar. Hoy a las 0.30.

• Proyección de la película **Los 10 indiecitos**, en el marco del Festival de Agatha Christie. En el Centro Cultural Ernesto Bianco, Hipólito Yrigoyen 2641, Mar del Plata. A las 22.



PELVIS

dos venían del litoral californiano. Los otros eran de Hong-Kong y Calcuta. Incluso creo que uno de los dos primeros, si bien era de California, no era del litoral. Y el otro era del litoral pero no de California sino de Paysandú (o Salto, no lo recuerdo ahora con exactitud).

Volvamos a mi casa. Clara había dicho que a las nueve tenía ensayo, y Raúl le había preguntado qué obra estaba ensayando.

—Es una creación colectiva —dijo Clara—. No sabés. Es increíble las cosas que están saliendo. Nunca pensé que pudiera llegar alguna vez a estar tan conectada en un grupo humano. Debe ser que somos pocos. Nos entendemos rebién. De repente uno larga una frase y es brutal cómo los demás podemos llegar a tener todos al mismo tiempo la certeza de que ésa es la frase que corresponde decir en ese momento. Hay veces en que nos parece que no somos nosotros los que estamos inventando la obra, sino que la obra ya está inventada en algún lugar del espacio y una fuerza misteriosa nos usa como vehículo para que esa obra sea recreada en nuestro medio.

—Es genial que puedan lograr eso —dijo Sonia—. Yo cuando me metí en trabajos de creación colectiva siempre terminé envuelta en algún hecho de sangre.

—¿Y en qué teatro la van a hacer? —preguntó Raúl.

—Todavía no sabemos. No nos gustaría mucho que fuera en un teatro, por las características de la obra.

—¿Por qué? —preguntó Raúl—. ¿Qué características tiene la obra?

—Para empezar —dijo Clara—, en caso de hacerse en un teatro habría que sacar todas las butacas.

—Entonces más bien tendrían que hacerla en una pista de baile —dijo Sonia.

—Para hacerla en una pista de baile habría que pedir que sacaran todo el piso —contestó Clara.

—¿Por qué?

—Mirá: puede ser que ustedes no me crean, pero esta obra se desarrolla integralmente con los actores en estado de levitación. Eso no estaba previsto al principio; fue algo que surgió después, pero nos dio la medida de hasta qué punto estábamos integrados entre nosotros en función de un mismo hecho expresivo. Durante los primeros ensayos, cuando alguno empezaba a levitar todos nos asustábamos y el clima inmediatamente se rompía, pero poco a poco nos dimos cuenta de que ése era un efecto del trabajo grupal y lo fuimos integrando naturalmente a la puesta en escena. Cuando se dieron las primeras levitaciones algunos empezaron a visitar macumbas y a ver parasicólogos, pensando que se les habían despertado facultades paranormales, pero luego todos fuimos comprendiendo que esas facultades no son en sí propias de nosotros sino que de alguna manera extraña nos son transmitidas por la obra.

—¿Quieren café? —pregunté, a todos.

Me dijeron que sí y me fui a prepararlo. Mientras lo hacía escuché una larga discusión sobre si aquellas facultades paranormales mencionadas por Clara pertenecían a los actores o a la obra, y a las implicaciones que (el hecho de estar siendo creada esta obra por los mismos actores) tenía sobre eso.

Dije que preparé café, pero eso no es verdad, aunque no tengo inconveniente en escuchar que alguien llame café a eso que preparé, así como no lo tengo en que los frascos que contienen ciertos productos industriales que nada tienen que ver con el café sigan llevando etiquetas en las que se afirma que eso es café.

Yo tengo una máquina de moler café (que ahora está inutilizable, por razones que explicaré más adelante) y en esa oportunidad, por error, la cargué con maní. Me di cuenta cuando el agua hirvió y el eché el polvillo y revolví y probé. No era feo, pero hasta un alenguado se habría desayunado de que eso no era café. Ni qué hablar de aquel compañero mío de celda, que era capaz de diferenciar un vaso de Coca Cola de otro igual pero de Pepsi Cola a una distancia de más de un metro. Claro que eso no habla de su sentido del gusto, sino de su olfato. Sin embargo no, ahora que lo pienso, no: él todo lo hacía estirando la lengua hasta el punto de litigio.

Bueno. Resulta que tiré mi poción por el desagüe de la cocina y salí de la casa por la puerta del fondo sin que mis convidados lo notaran. Mi objetivo era encontrar café, o algo que se le pareciera más que el maní (y en lo posible sin erogación de dinero). Y Dios puso en mi camino, al pie del árbol de la esquina de mi casa, un sinnúmero de coquitos que vistos a la luz de una lámpara a gas de mercurio, no se diferenciaban en nada del café torrado.

Me llené los bolsillos de coquitos y volví a casa. Los molí, herví el agua y serví cuatro tazas. Las llevé al living. Raúl y Sonia estaban tratando de levitar.

—No van a poder —les decía Clara—. Es más, creo que nadie puede hacerlo. Sólo nosotros, cuando estamos haciendo la obra.

—Mentira —dijo Raúl—. Yo sé de una monja rusa que levitaba como medio metro.

—Y yo tenía un compañero de celda que sacaba medio metro de lengua —dije yo.

—Eso ya me lo contaste como cuarenta veces —dijo Clara.

—Pero no a Raúl y Sonia.

—No. A nosotros solamente treinta y seis.

—Discúlpenme. Es que eso es lo más interesante que vi en los últimos siete años. Tómense el café, que se va a enfriar.

—Gracias, pero en realidad creo que no tengo ganas de tomar café —dijo Raúl.

—Yo tampoco, gracias —dijo Sonia.

—Tiene buena pinta este café, pero yo tampoco quiero, gracias —dijo Clara.

—¿Qué pasa? ¿Es un complot? ¿Están enojados porque demoré en hacer el café? —pregunté.

—Demoraste casi cuarenta y cinco minutos por reloj —dijo Raúl.

—¡Me cago en el reloj! —exclamó Clara, visiblemente irritada— ¡Cada uno tiene su tiempo para hacer las cosas!

—Sí. Y yo tengo mi tiempo para tomar café —dijo Raúl.

—Basta de discutir —dijo Sonia—. Clara, al final no terminaste de explicar por qué en caso de representar la obra en una pista de baile había que hacer sacar el piso.

—No es sólo sacar el piso —dijo Clara. Queremos levitar sobre vacío. Queremos sustituir la escena por un precipicio de cien o ciento cincuenta metros de profundidad.

—¿Y si se caen? —preguntó Sonia.

—Si nos caemos será porque la obra no es tan efectiva como pensamos. Pero es un riesgo que hay que correr. Creo que, a su modo, todos los tipos que hicieron algo artísticamente relevante corrieron algún riesgo.

—¿No quieren tomar sidra? —pregunté.

Raúl y Sonia se pusieron a dubitar, pero Clara empezó a tratar de convencerlos para que aceptaran, diciendo "¡Sí, sí! ¡Yo el otro día estuve tomando y era una delicia!". Sonia y Raúl entonces se entusiasmaron y me pidieron que trajera enseguida esa sidra. Yo recordé en ese momento que efectivamente Clara había estado tomando de esa sidra unos días antes, pero también recordé que por desgracia se la había tomado toda.

En mi heladera había unas manzanas. Las pelé y las puse a hervir en agua, o mejor dicho puse el agua a hervir con ellas adentro. Bah, no sé porque desconozco si las manzanas hierven o no. Quizá lo hagan a temperaturas desconocidas para el hombre, por lo altas o porque los aumentos de temperatura habituales en la Tierra siempre se las saltean.

Mientras esperaba que algo hirviera escuché una larga discusión entre Clara y Sonia por una parte y Raúl por la otra, sobre si el costo de hacer un precipicio de cien o ciento cincuenta metros de profundidad podía cubrirse o no con un promedio de asistencia de público de cuarenta personas dos veces por semana durante tres meses, con entrada libre. Clara y Sonia decían que sí, y Raúl que no.

Cuando la compota estuvo lista la fui pasando por un colador de café. Luego mezclé el líquido obtenido con alcohol rectificado que saqué de un frasco que guardaba en el baño. Cuando Raúl me vio pasar frente a ellos, para ir a buscar ese frasco, me preguntó "¿Y la sidra, loco? ¿La estás fabricando?". Yo le contesté afirmativamente.

Preparé una solución con diez por ciento de alcohol y ochenta y cinco de agua de compota. El cinco por ciento restante fue detergente líquido, por lo de la espuma.

Llené cuatro copas con ese brebaje y las llevé al living. Sonia fue la primera en probar, y de inmediato escupió todo lo que se había metido en la boca.

—¡Che! ¡Esto tiene un gusto a jabón que no se banca!

Me llamó la atención que, siendo el detergente el elemento que en menor porcentaje se hallaba presente en la solución, fuera el más apercibido por Sonia ya en el primer buche.

—Es la mucama —dije—, que tiene la costumbre de lavar las copas y después no enjuagarlas.

—Capaz que las enjuaga antes —dijo Raúl—. Bueno, nosotros nos vamos. Ya son las once y media.

—¡Las once y media! —dijo Sonia, y mirando a Clara preguntó:

—¿A qué hora tenías el ensayo?

—A las nueve —dijo Clara, impávida.

—¡A las nueve! Entonces... no fuiste.

—No.

* *Chica*

S.O.L
SOSTENIDO
EN LA COSTA

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Víctor Heredia** y **León Gieco** presentan respectivamente los temas de sus últimos discos, *Memorias* y *Semillas del corazón*, en el Estadio Superdomo, Juan B. Justo y Edison, Mar del Plata. Hoy a las 22.30.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• **Los mirasoles**, pieza teatral de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• **Ignacio Copani** presenta los temas de su último trabajo discográfico en Mar del Plata. En el teatro Radio City, ubicado en San Luis 1742.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado.** En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones comienzan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins y Christopher Lloyd. En el cine Gran Mar de Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan de miércoles a domingo en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, dirigida por Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy, a las 23, en Oliverio Mate Bar, ubicado en la avenida 103 y el paseo 105, Villa Gesell.

• **Teléfono medido**, la pieza teatral escrita por Beto Giannola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• Presentación del espectáculo **Sube el dólar**. En la Casona del Conde de Miramar. Hoy a las 0.30.

• Proyección de la película **Los 10 indiecitos**, en el marco del Festival de Agatha Christie. En el Centro Cultural Ernesto Bianco, Hipólito Yrigoyen 2641, Mar del Plata. A las 22.

MOME

Por Mell Lazarus



Gentileza Editorial De la Flor





JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Los profesionales

En el pequeño pueblo de Minilandia trabajan cinco jóvenes profesionales. Deduzca a qué se dedica cada uno, con qué medio de transporte llega a su lugar de trabajo y cuál es su horario de entrada.

1. El dentista no es quien más temprano comienza a trabajar. pero tampoco el que entra más tarde.
2. Alfie. el arquitecto. llega a su estudio en coche.
3. El veterinario. que no es Cáceres. entra una hora después que el médico y dos horas antes que Dorrego.
4. Quien llega a su trabajo a las 8. viaja en motocicleta y no es dentista.
5. Bianchi. que trabaja justo enfrente de su casa. es el que comienza la jornada más temprano.
6. El aficionado a las bicicletas llega a las 9: no es Cáceres.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		TRABAJO					TRANSPORTE					HORARIO				
		Abogado	Arquitecto	Dentista	Médico	Veterinario	A pie	Bicicleta	Coche	Motocicleta	Tren	6	7	8	9	10
SEÑOR	Allie															
	Bianchi															
	Cáceres															
	Dorrego															
	Estévez															
HORARIO	6															
	7															
	8															
	9															
	10															
TRANSPORTE	A pie															
	Bicicleta															
	Coche															
	Motocicleta															
	Tren															

SEÑOR	TRABAJO	TRANSPORTE	HORARIO

SOPA "EN LA VENDIMIA"

Encontrar las palabras en la sopa. dispuestas horizontal. vertical o diagonalmente. en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

BARRIL
BODEGA
BOTELLA
CEPA
DESTILAR
FERMENTACION
LAGAR
PISADORA
PRENSA
RACIMO
TINAJA
UVAS
VENDIMIA
VINICULTOR
VINO
VIÑA

R	J	E	U	Q	I	B	M	A	L	A	J	S	J
O	Ñ	M	Ñ	V	A	J	O	N	I	V	A	A	A
T	O	I	Y	R	T	N	Z	D	X	P	V	L	I
L	M	M	R	A	S	A	E	Y	E	S	A	L	M
U	A	I	I	A	S	S	J	C	T	G	S	E	I
C	L	Ñ	V	C	T	N	G	A	A	R	A	T	D
I	U	U	A	I	A	E	E	R	N	O	P	O	N
N	M	Ñ	L	A	M	R	F	R	Ñ	I	O	B	E
I	I	A	R	O	D	A	S	I	P	J	T	S	V
V	R	N	O	I	C	A	T	N	E	M	R	E	F

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Ariel, 2°, damas, Golondrina.
Damián, 3°, ajedrez, Los Alamos.
Oscar, 1°, go, Marítimo.
Pedro, 4°, dominó, de la Rivera.
Valentín, 5° canasta, Los Alpes.

SOPA AERONAUTICA

P	R	T	O	T	O	L	I	P	O	C	S	C	E
I	A	E	B	E	A	N	A	R	G	D	A	I	T
S	D	R	R	O	D	A	L	O	R	T	N	O	C
T	I	M	A	Z	A	F	A	T	A	D	I	P	A
A	O	I	T	C	N	E	O	N	C	S	T	A	B
U	R	N	O	O	A	C	J	O	E	R	A	E	I
O	N	A	L	M	N	I	M	I	R	A	R	S	N
A	B	L	I	A	O	L	D	V	B	L	I	T	A
Z	A	I	P	N	M	E	P	A	O	O	O	E	P
O	L	A	E	D	I	H	T	L	S	V	S	T	A
S	I	J	A	A	T	E	R	R	I	Z	A	R	L
D	A	L	I	N	C	A	L	A	M	I	D	A	D
M	A	L	E	T	A	S	I	N	T	A	R	G	I
N	T	R	A	E	N	A	L	P	A	T	O	O	A